



CARTAS NIGROMANTICAS

DE don Ignacio Ramírez (El Nigromante) á don
Guillermo Prieto (Fidel).
Durango y Julio de 1863.

Fidel muy querido: al fin puedo tenderme un poco, sino á reposar, cosa que de seguro no lograré en muchos días y aun en muchos meses, sí á reconocer el sitio y á averiguar dónde me encuentro: como las accidentadas de comedia puedo repetir aquello de «¿En dónde estoy?» pues lo cierto es que un nombre, un nombre geográfico más ó menos sonoro y evocador de memorias, le dice pocas cosas al cerebro cuando el mismo cerebro no es quien ha guiado al cuerpo en su peregrinación.

¡Qué carrera, Fidel mío, qué carrera tan espantosa, tan larga, tan sin interrupción! He corrido más que tú,

más que Manuel Ruiz, más que Zamacona, más que Lerdo, más que Zarco, más que toda la comisión permanente y ¡admírate, hombre de poca fe! más que el propio don Benito; y aquí me tienes en esta tierruca de Ginés Vázquez, del cerro acerado y de las muchachas de dientes amarillentos; aquí me tienes en esta tierruca en que «cuatro reales vale un chango» y en que te encuentras los alacranes metidos no sólo en las hendeduras de las camas y entre los ladrillos y sobre las paredes y adornando los muebles, sino también entre las hojas de los libros y entre los labios de las mujeres, y hasta enroscados á tu propia lengua.

¡Es mucho Durango este!

¿Que cómo llegué aquí? Es muy fácil... de contarse, aunque no tanto de llevarse á cabo.

Pues, señor, que se anunció la entrada del maldito Forey, que creíamos iba á permanecer alejado de nosotros por meses y hasta por años, supuesta la valerosa defensa que tú y tus amigos y los amigos de tus amigos tenían organizada. ¡Cómo me reía de la cara del pobre barrigón y de la manera que se pelaría las barbas de coraje, viendo que después de la encerrona de Puebla venía otra encerrona en México, tras de murallas y con elementos mejores que los que habían tenido los pobres soldados de Ortega! Pero en su sabiduría estratégica dispusieron ustedes otra cosa, y no hubo más que obedecer.

Todo andaba muy mal por México: los afrancesados

sin disfraz, muchos neutrales y muchísimos que habían probado su ardiente republicanismo denunciando casitas de manos muertas y obteniendo adjudicaciones ventajosas, todos, todos, se pusieron de parte de los franceses aclamándoles y celebrando su llegada como la de los salvadores de la patria, como la de los autores de nuestra futura emancipación. Y no sólo andaban allí los Lazpitas, los Salas, los Castros y los Galicias más ó menos Chimalpopocas; sino también los Schiaffinos, los Mathieu de Fossey y los Mirandas, aquel Pascual Miranda de quien has dicho tú:

Pascual Miranda, grandote,
Hermoso cuerpo gentil;
Su aspecto así, mujeril,
A pesar de su bigote.
Quiso hacerse liberal
Y lo tomó por lo serio;
Después se pasó al Imperio
Robándose un dineral.

Y como yo no soy pillo para meterme con los mochos, ni soy tonto para irme del lado de los empleados que acaudilla don Benito, ni tengo dinero para declararme gente de arraigo y cortesano de todos los regímenes, me decidí á marcharme por mi lado; y á fin de que nadie adivinara ni llegara á percatarse, y ni aún conociera el aroma de mis combinaciones estratégicas (que es lo que hay que ver), salí de México poquito á poco, con un bastón en una

mano y la otra libre para poder ir señalándome las distancias adonde pensaba llegar, los paisajes ante los cuales había de extasiarme y otras cosillas que me importaban mucho.

Llevaba andada buena parte del camino, pues ya veía las lomas de Tacubaya y la casa de Escandón, cuando un alma caritativa, cubierta por el cuerpo gordo y chaparrón de un viejo compadre mío, me quitó el báculo, me subió en un caballo que llevaba del diestro y me entregó sable y revólver (que en caso ofrecido me propongo vender al mejor precio, pues ya que como armas ofensivas no puedo utilizar esos chismes, los utilizaré como armas defensivas... contra el hambre).

Y así, caballero en mi matalón, salí del Distrito Federal decidido á defender la patria. Mis aventuras, mis penas, las gentes con quien me encontré y los riesgos que corrí, materia será de otra carta que no tardará en escribirte tu amigo.

El Nigromante.

DEL MISMO AL MISMO

Mazatlán y Agosto de 1863.

Guillermo nunca olvidado: ya te figurarás por qué salí de Durango. Pasaba por los alacranes y por el dejito de la tierra y por el calorcillo tórrido que enerva y disgusta:

por lo que no podía pasar era por la amenaza de un periódico de Pancho Zarco. Llegó el hombre á su país completamente resuelto á acabar con la gabachería, y para el efecto pensó en fundar ó fundó ya (que todos los malos agüeros se realizan sin falta) un periodocote que se llama ó se llamaba ó se llamará *La Acción*; y yo, naturalmente, emprendí el vuelo y me escapé antes que ver que se hiciera ó cooperar á que se hiciera (pues ya me había convidado para formar parte del *cuadro* de redactores) acción tan mala y espantosa.

De México salimos ciento y tantos, hombres, mujeres, muchachos, todos, en fin, los que tenían vergüenza (*quorum minima pars fui*) ó que tenían temor de que el nuevo huésped no fuera con ellos tan generoso como el antiguo. Camino de Toluca me encontré á nuestras valientes tropas. Hijo, ¡qué desconsuelo, qué pena, qué horror! Los pobres muchachos sufriendo de la disentería, pereciendo del tifo, muriéndose del hambre y del cansancio y desertándose á millaradas.

¿Y qué querías que hicieran los pobres, si no tenían sueldo, ni rancho, ni vestuario, ni nada, y cuando sus jefes, óyelo bien, aquel Rangel y aquel Garay que anunciaban que iban á comerse al jefe francés con toda su oficialidad, se quedaron en México á pasearse por las Cadenas en compañía de sus excelentes familias, en las noches de luna?

...muriéndose del hambre y del cansancio y desertándose á millaradas.



Don Juan José de la Garza me resultó el mamarracho más guapetón que ha nacido de entrañas femeninas, y fué menester que llegara Porfirio Díaz, ese chico en quien tengo depositadas tantísimas esperanzas, para que concluyeran aquella fuga y aquel pánico. Porfirio mandó fusilar á unos pocos insubordinados, y aunque le rogamos en favor de los reos algunos humanitaristas que hemos leído á Víctor Hugo, él se estuvo firme, y á nosotros nos mandó á paseo y á los rebeldes á la eternidad.

En cambio de estos pobretes que creyeron posible seguir el ejemplo de sus jefes, ¡qué espectáculo nos ha dado esa terrible chinaca brava, que es la admiración, el terror y el asombro de las gentes! Había chinacos de grandes barbas, de inconmensurables sombreros jaranos, de caballitos bailadores, de voces descompuestas y ríspidas y de hazañas más ríspidas y descompuestas que las voces. Unos se llamaban *Guías de la República*; otros *Terror de los franceses*; otros *Mata-zuavos*; otros, *Los amigos de la muerte*; y mezclados con todos ellos unos cuantos chicuelos generosos, patriotas y de vergüenza, que serán los que se estén á pie firme y mueran honradamente cuando ya ni el polvo se vea á los de las barbotas.

Ya sabes que el pobre *Nigromante* es muy desgraciado en sus predilecciones: se inclinó á La Llave, y murió como tú y yo sabemos y como yo no quisiera morir, trágica, innoble, obscura, misteriosamente... Se inclinó á

Patoni, y resultó que Patoni era un réprobo á quien había que perseguir.... por razones que no se tardará en conocer de pe á pa.

Pero *El Nigromante* no descansa en su tarea de buscarle un caudillo á la patria: debo de tener trasconejada, entre la escasísima sangre española que me tocó en suerte, alguna gotita de sangre vizcaína de la más reconcentrada, y esa maldita gota me obliga á ser tan terco y tan posma como tú me conoces. Por eso he inventado un jefe que, ó lleva nuestros ejércitos á la victoria, ó me obliga á quitarme el nombre, el apellido y el remoquete.

Ya te veo debatirte, fruncir las cejas, estirarte los pelos alborotados, quitarte los anteojos y gritarme:

— Pero, ¿quién demonios es ese caudillo? ¿Pertenece á los pocos iturbidistas que nos quedan? ¿Es liberal? ¿Es conservador? ¿Peleó en el Gallinero con Moctezuma? ¿Traicionó con Santa Anna? ¿Politiqueó con Couto? ¿Conspiró con el padre Miranda? ¿Sufrió zurras en compañía de Degollado? ¿Corrió con Miramón? ¿Estuvo en Puebla con Ortega?

Y yo, con la peor intención del mundo, te respondo:

— No, Fidel gobiernista; no, Fidel honrado; no, Fidel sincero; no, Fidel súbdito espiritual y temporal de don Benito, no tiene mi hombre ninguno de esos timbres de gloria, pues si alguno tuviera dejaría de ser mi hombre. Este ni se ha pronunciado nunca contra la libertad, ni ha

politiqueado en los pasillos de la Cámara, ni tomó parte en el tratado Mac Lane, ni denunció fincas nacionalizadas, ni disfrutó de prebendas, ni es escéptico, ni codicioso, ni ladrón, ni bellaco, ni tiene nada de lo que ahora se necesita para figurar dignamente en los partidos... Tiene valor, tiene civismo, tiene habilidad, tiene talento, y (asómbrate, hijo) tiene amor á México y cree en que ha de triunfar.

Ya me figuro estarás pensando que mi hombre es algún *homúnculus* que, como Wagner en el poema de Goethe, acaba de salir de la retorta diciéndome: «Quiero andar, quiero moverme».

No hay tal: el hombre estaba ya inventado, ya había nacido y yo no hago más que presentártelo: se llama Antonio Rosales.

¿No te dice nada este nombre? Claro que no, pues su dueño nunca hizo antesala en los ministerios, ni te escribió cartitas zalameras pidiéndote por amor de Dios un empleo, ni te ha llamado nunca genio, ni ladrón, ni mártir, ni salvador de la Patria (así, con mayúscula) como si la Patria fuera el eterno don Benito, única persona á quien tú has salvado. Y como tú no conoces más que á tus aduladores y á tus detractores, de seguro ignoras á Rosales ó piensas que es algún ente de razón que he inventado para chancearme.

Rosales es zacatecano, nacido en Juchipila, pueblo que

mil veces me ha descrito, situado en una garganta de montañas que parecen un escupitajo de la naturaleza contra el cielo en los días en que la nebulosa terrestre era algo así como la república mexicana astronómica, un país constantemente pronunciado que aguardaba para entrar en quietud el enfriamiento y la solidificación—cosas que aguardamos nosotros en unión de un prójimo que empuñe el gran palo y le esgrima contra todo el mundo.

Rosales estudió en el seminario de Guadalajara y allí se instruía en el *trivium* y el *quadrivium* cuando oyó el clamor de la patria, desgarrada por la terrible é inicua invasión americana. Salió Rosales á la defensa de nuestra madre común y luchó con gloria en Palo Alto y la Resaca, y al concluir aquella maldita guerra se metió á su casa sin pedir que le dieran ningún entorchado ni prebenda, ni diploma, ni cruz. ¿Raro el hombre, verdad? Le dió por periodista, cosa que no abona su sentido práctico; y allí me le tienes redactando *El Panderito*, periodiquín satírico, y escribiendo versos que no llegan á medianos, en compañía de aquella pléyade tapatía que tú cantaste en una de tus odas más bellas.

Vino á radicarse á Sinaloa, y aquí fué nombrado Secretario de Gobierno, tomando parte en todas las batallas que se han librado contra la mochería.

¿Te ríes porque llamo batallas á encuentros en que toman parte Cajen, ó Lozada, ó Calatayud?